

CARAS Y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO
2.º EPICO

DIRECTOR ARTURO GIMENEZ

LO DE LAS VERBENAS
ÉXITO COMPLETO — (DETALLES INTIMOS)



—¡Ay papá! Con que vamos al fin esta noche a la Verbena infantil?
—Sí, hija, sí.—(Ferrari, el año pasado, me comió el escritorio; el Club Católico, después, dió otro dueño a mi juego de cubiertos; y ahora, la Verbena me lleva el

mueblaje de comedor...)
—¿No ves, papá? ¡Si yo ya te lo decía! Con un poquito de empeño...
—¡Hombre! ¿Le llamas tú poquito empeño a este?

chil
AÑO II
N.º 49
Febrero 3 de 1895
PRECIOS de SUSCRICION
Montevideo y Departamentos
Un mes \$ 1.00
Seis meses 5.00
Un año 9.00
EXTERIOR
Los mismos precios, en moneda equivalente, con el aumento del franqueo
Número corriente 30 centésimos | Número atrasado 40 centésimos
De venta en las principales librerías
SE PUBLICA LOS DOMINGOS
Oficinas Provisorias: calle Uruguay 301
MONTEVIDEO

SUMARIO

TEXTO:—«Zig Zag», por Arturo A. Gimenez.—«Para Ellas» —Rayo de luz—Silueta, por Alina Doré.—Extraordinario, por Dos Z.—Títulos nobiliarios.—Escrúpulo, por Carlos Lenguas.—«Chispas», por Emilio C.—«Entre dos fierzas» (novela) por Arturo A. Gimenez.—Cuento, por Osorio.—Menudencias —Correspondencia particular.—Aílos.

GRABADOS.—«Lo de las Verbenas», por Wimplaine.—«Actualidades».—«El último Mariscal»,—Francisco J. Canrobert, por Aurelio A. Gimenez.—«Mr. en la frontera» por Wimplaine.—«Para Ellas» (Retrato de niña), por Gimenez.—Nuestros prohombres de incógnito, por Wimplaine, y varios intercalados en el texto, por Gimenez.



A fe, lectores que se va poniendo feo *eso* de la Isla de Flores.

Ustedes dirán: «Pero que está feo, hace ya tiempo».

Y es verdad; pero es que ahora se está poniendo más feo aún.

Antes, al fin y al cabo, los proveedores se contentaban con arruinar á los cuarentenarios que no llegaban ya arruinados al bendito lazareto.

Que esas cosas trae el cólera.

El que no se muere de una indigestión de microbios, se muere allí, por falta de alimento que dijér, ó se muere al tratar de dijér algún guiso de cadáver de vaca, fallecida, eso sí, de muerte natural aunque hedionda, sin intervención directa de los proveedores ó sus *maitres d'hotel*.

De todos modos, tanto da; el caso es que los que allí caen, han de pagar cara su vida, ó morir de hambre económicamente.

La verdad sea dicha; para mí los proveedores hacen todo esto llevados de un exajerado sentimiento de humanidad; ¡es tan peligroso el cólera!

Y siéndolo y sabiendo que lo es, y que se mete al organismo por el órgano de la gula que es un órgano que á muchos induce á pecar contra su conciencia y contra el presupuesto, ¿no hubiera sido una verdadera crueldad dejar á toda esa jente que comiera á dos carrillos (y algunos lamentando no tener cuatro) y se atracara de microbios hasta los ojos?

De ahí pues que los proveedores hayan dado en la idea de prohibir la alimentación en la isla por medio de la carestía.

¡Y á fe que lo lograron bien!

También es de confesar que lo hacían de una manera especial.

Si Abella, tan aficionado á eso de hincar bien el diente, (como que á Charpentier solamente le hizo, ó más bien, dicho, le hizo la Jefatura, gasto de 700 pesos sin mayor razón de carestía ni escasez) si Abella, decía, cae por el Lazareto, los proveedores le arruinan á él y á la Jefatura.

A uno, por cierto *beefsteak* del cuero de una vaca que murió de tristeza cuando la elección de Idiarte Borda, le cobraron catorce reales que

llevaba en los bolsillos y un par de zapatillas verdes.

Hubo quien pagó un capital por un pedazo de *La Nación* con el aviso del «Restaurant Casino de la Bolsa», frito en aceite de linaza.

Eso sí; algunas veces salía relativamente barato; un sujeto de suerte compró por dos pesos tan solo, un plato de caldo que se traía una peluquería en suspensión.

Pero todo esto resulta nada si se compara con lo que ocurrió ahora á estar á la última denuncia de los diarios sobre las dificultades y peligros de la existencia en el Lazareto.

Se trata de la aparición, por allí, de un empleado sensible.

Si, señores; aunque parezca mentira que exista en tal sitio alguien sensible.

El tal empleado tiene debilidades amorosas. ¡Qué demonios! No por estar sirviendo en un lazareto mortífero ha de poder evitar el hombre de alma tierna que su corazoncito lata en ciertos grandes momentos con alguna agitación ¿eh?

El caso es que el dicho empleado, participó sus eróticos anhelos á una dama cuarentenaria. Esto de cuarentenaria se refiere, es natural, á la situación de la dama en aquel punto, no en manera alguna á su edad ¿entendido?

¡Qué no le diera á alguien por suponerse que le quiero aplicar cuarenta años! La claridad ante todo.

Pues, á creer al diario denunciante, el ena-

ACTUALIDADES EL ÚLTIMO MARISCAL



FRANCISCO J. CANROBERT

EN PARIS EL 29 DE ENERO

morado dependiente, adoptó como táctica el sitiarse por hambre á la dama, para conseguir sus favores.

¡Ah! Siempre los enemigos del alma en acecho! Que son, si mal no recuerdo, mundo, demonio y carne.

Y es natural, allí donde es tan escasa la carne, el último enemigo debía ser el que se apoderara del espíritu del sensible mancebo.

Y es de figurarse un idilio en aquellas circunstancias y dado el recurso puesto en juego por él.

Naturalmente, á una dama hambrienta no podía hablarle tan solo de ilusiones y flores.

Y en tal caso, de fijo habrá tenido que amoldar á la situación las dulces frases de los poetas.

Y ya me lo imagino, diciendo con fogosa pasión á la esquiva dama:

«¿No es verdad, angel de amor

que en esta apartada orilla...

vale bien una costilla

la concesión de un favor?

Y ante la oposición de la dama á conceder los ansiados favores, naturalmente habrá recurrido á Becquer, al triste Becquer, recordando aquello de:

«Por una mirada, un mundo

por una sonrisa, un cielo,

por un beso ¡yo no sé

qué te diera por un beso!»

para decirle con voz confidencial, voz tierna y persuasiva de amante rendido:

¡Por una sonrisa... un bife

por una mirada... un queso!

por un beso!... ¡Qué sé yo!...

¡una pierna de carnero!...

¡Y pensar que con todo esto no se enterneció la dama!

Hay mujeres de corazón muy duro; es decir, de estómago muy duro. Por que en este caso esa era la parte sensible hasta la que pretendía llegar el doncel del Lazareto.

Pero como la dama dió cuenta de ello á los diarios y la cosa se ha hecho pública, va á resultar de esto que, para mí, más de cuatro niñas sensibles y con disposiciones de matrimoniar van á declararse coléricas, por si da la autoridad en la idea de enviarlas al lazareto.

No obstante, entre la jente sería la cosa ha producido indignación.

Ancora en un café discutían sobre esto tres amigos:

—Es bochomoso, decía uno, ¡Ni el bolsillo, ni el estómago, ni el honor están seguros allí!

—Y que ocurre á dos pasos de la ciudad! En la Isla de Flores!

—Pues, por lo mismo

—¿Eh?

—Serán Flores, con espinas.

ARTURO A. GIMENEZ.

RAYO DE LUZ

Desde el amplio patio del Club Católico donde Pantaleón Pérez, —cubierto todo el flaco rostro de negro por la negra patilla, los grandes bigotes y los anteojos negros,

Para

ELLAS



—leía *El Día*, se escuchaban frescas carcajadas y voces juguetonas que en el gran salón vacío, majestuoso como una nave, resonaban perseguidas por el eco; gorjeos de garganta de niña traviesa que revoloteaban vibrantes en la soledad de la sala, amigas ya de la impetuosa seriedad de don Bruno Mauricio de Zabala y del ceño cejijunto de monseñor Soler,—confundiéndose con los acordes del *cuarteto de Rigoletto* que María Mercedes probaba en el regio piano.

Era en los días de la *Kermesse*.

—¿Qué hacen?

—Ensayan, respondió lacónicamente Pantaleón sin separar su vista del diario.

Siguieron la charla y las risas que yo escuchaba distraído y silencioso.

De pronto atravesó el patio sonriendo, como una visión de luz, la niña hermosa de los grandes ojos, sacudiendo los ricitos juguetonos que dormían en su nuca de plata, alegre como una suave feliz, derramando perfumes de juventud y gracia.

Y cuando la penumbra de la puerta central absorbió su talle ondulado y fino, vi que Pantaleón ya no leía, fija la mirada de sus redondos cristales negros en la aparición que se desvanecía.

—¿Qué preciosal le dije.

Y de entre sus bigotes grandes y negros salió un nombre que me supo á dulce.

—Es Adela Suárez.

SILUETA

En la orilla de la Playa, con un cielo purísimo, las ondas suaves llegaban hasta mí llenándome de frescura.

Dulces arrullos, cristalinas notas de invisibles ninfas acariciaban mi oído produciéndome una sensación extraña, subyugadora.

De pronto una onda, adelantándose á las demás, humedeció mis pies.

—¿Qué quieres, onda? le pregunté.

—¿Y lo ignoras? me contestó. ¿No sabes por qué vengo hacia ti, dejando el seno de mi madre y expuesta á quedar por siempre abandonada? Oyeme y comprenderás. Los corazones me aman y me buscan. Cuando quieren decirse esas cosas tan dulces y tan tiernas, á las que el cielo se sonríe y el aura se estremece, vienen aquí unidos y me toman á mí por testigo de su amor y

de su felicidad. ¿Quieres, pues, que te cuente sus amores, ó por lo menos reproduzca su imágen que mi madre copia y lleva hasta lo infinito?

—Sí, pero no te comprendo. ¿Por qué te limitas solamente á dos seres? ¿A qué esa distinción?

—¡Ah! Es que son mis elegidos, mis preferidos.

—Cuenta, pues.

—Ella... no la puedes conocer, no la conoces. Ha nacido para reina, y lo es. Bella, esbelta y adorable, esta niña de cabellos negros, ojos de terciopelo y tez dorada por un sol tierno, cautiva con su mirada cariñosa y profunda, subyuga con su cuerpo delgado y esbelto de palmera adolescente. Se la mira y se la ama. ¿La conoces?

—No, aún no.

—Pues sí, y la ha erigido en idolo de su corazón. ¡Y por cierto que es digno de mi niña suave! Recien ha estrenado su bufete, y á pesar de usar lentes desde hace algunos años, es joven y agraciado, de bigotes rubios, tez blanca y ojos claros y simpáticos. ¿Tampoco le conoces?

—Tampoco. Dime siquiera las iniciales de sus nombres.

—¡Ah! No puedo: mi madre es rígida y no perdona la indiscreción.

—Comete ese desacato en bien de mi curiosidad y de mi eterna estimación.

—No, no puedo... Escucha... no, no me atrevo.

—Onda, me pareces algo cobarde...

—Pues bien, de ella solo te daré la inicial del apellido, C.; las de él, son A. A.

—Gracias, les conozco; y se que Himeneo prepara su fiesta.

Pero, como temía la pobre onda, fué abandonada por mi culpa, y de su cuerpo no quedó más que un montoncillo de espuma, que el sol encendía en la gloria del iris.

ALINA DORÉ

EXTRAORDINARIO

No hay un hombre que sufra más distracciones

MIR EN LA FRONTERA



La llegada triunfal fué imponente. Y ante los acordes de aquella música celestial, no pudo menos de acordarse de Juan y sus serenatas.



Las manifestaciones de admiración fueron numerosas, como no se habían hecho nunca á ningún ministro. Pero es lo que él decía: «No basta ser ministro sino «saber» ser Ministro!»



Eso sí, como nunca falta alguien que no esté al cabo de los usos de la «haute» francesa, dió con un criollo que le dijo: «¡Ah tigre! Poco «chapeao» se ha venido. Diga. ¿Vende estas latas? Lo que le hizo exclamar para sí: «¡Oh mon Dieu! «Chapeao!» Si le habrá gustado «mon chapeau!»



Se dieron la mar de fiestas en su honor. Y al repitiendo siempre aquello de que «il fant être démocrate» echó también su piernita en el pericon, aunque ¡claro! tuvo que bailar a la moda de Paris. Pero no parecía «cancan» ¿eh!...



No obstante cuando se llegó el caso de comer á la criolla el asado con cuero, se le oyó murmurar: «¡Oh! Cuánto cuesta «être démocrate!»



Estudiado concienzudamente el plano, dedujo que con ciento cincuenta mil hombres, por el momento, podía vigilarse regularmente la frontera.



Y como quien no quiere la cosa, haciéndose el «echon» rongo, como él dice, se dedicó á estudiar á los enemigos que por su parte le echaban también unas miraditas algo!...



Por lo que hace á la revista de las fuerzas de caballería, lo único que se le oyó decir fué: «¡Oh mon Dieu, mon Dieu! «Qu'est que c'est ça!»

que un maestro de escuela de Canelones. Para lavarse el rostro por la mañana suele llenar de tinta la palangana, y al espejo se mira tranquilamente y se cree que es un negro que vivo enfrente. Si algún chico travieso de los que educa le tira pelotillas á la peluca, acomete á cualquiera de sus vecinas y le rompe en un hueso las disciplinas. Diz que son tres por cuatro cien, y asevera que aquí el primer rey godó fué Julio Herrera. Explicaba á los niños doctrina sana con el gorro en la mano cierta mañana, y á mirarsu cabeza fui por lo mismo ¡Le tapaba los sesos un catecismo! Cuando á escribir enseña (qué majadero!) suele mojar las gafas en el tintero. Distracciones á miles padece, en suma Cuando se mama el dedo se cree que fuma y hasta cobra dos veces el pobrecillo si se descuida el padre de algún chiquillo. Por lo tanto el que sabe cuan *distraible* es, dice con acierto que es imposible que haya un hombre que sufra más distracciones que el maestro de escuela de Canelones.

Dos Z.

TITULOS NOBILIARIOS



—¿Sabe amigo? ¡Lo que son estos naciones! Dicen que el capataz nuevo de la estancia de los ingleses es conde!

—¡Caracho! Pero más es el gallego del almacén de Don Frutos, que asegura que es *marqués*.

—¡Pucha! ¡Y el cocinero de lo de Don Juan? ¡Ese sí que es más! ¡Es *duques*!

ESCRÚPULO

De pronto, exhalando agudos gritos, Susana entró corriendo y se arrojó en los brazos de su madre, pálida, convulsa, poseída de un terror indescriptible.

—¡Ay, mamá, mamá!...

—¿Qué tienes, niña, qué tienes?...

Y la madre, tan asustada como ella, la estrechaba contra su pecho, la besaba en todo el rostro, preguntándole ansiosamente qué tenía, qué le pasaba, por qué estaba así tan afligida... La niña, toda temblorosa, balbuceando, contó al fin lo que le ocurría... Estaba en la puerta, sola, ella solita, sin meterse con nadie, cuando de pronto—¡Mamá!—vio pasar dos hombres vestidos de diablos, con unos cuernos y con una cola y que daban unos saltos... Al verla corrieron hacia á ella, y se la quisieron llevar...

—Al infierno, al infierno, mamá!

Y lo decía la pobre criatura con un acento tal de espanto, agarrándose furiosamente á su madre, con los ojos fuera de las órbitas, que era de creer realmente que hubiese visto dos demonios auténticos echando llamas por ojos y boca, y no dos de esos pobres infelices que en carnaval sirven para irrisión de las gentes de buen humor.

Era el segundo día de canestolendas, y tan escasa animación se notaba por plazas y calles, que, á no ser por alguna que otra máscara que aparecía de tarde en tarde dando saltos y gritos locos, cualquiera hubiese creído que aquel lunes de carnaval era un lunes como otro cualquiera de año.

Y animada por esa falta de público alegre, por la ausencia poco más ó menos completa de esos pintorrescos mascarones que son el terror de los niños, fué que Susana salió á la puerta casi confiada, disfrutando de esa enfermedad curiosa propia de los caracteres medrosos. Pero caro le costó. Allí estaba la pobrecita, siempre prendida á su madre, con las lágrimas en los ojos, trémula, estremecida, y creyendo ver todavía á aquellos terribles demonios que habían helado su imprestionable corazoncito de siete años.

Fué difícil calmarla. A pesar de las animosas y juguetonas palabras de su madre, la chiquilla no las tenía todas consigo. Se volvía á cada instante, con los ojos muy abiertos, escudriñando todos los rincones, sin apartarse del regazo, siempre alerta, siempre temerosa.

—Vamos, Susana, no seas tonta (dijo la madre). ¿De qué tienes miedo? Ya no hay nada; anda á jugar por el patio.

Luchó aún la niña con sus recelos, pero al cabo su madre logró convencerla. Salió fuera é hizo por entretenerse, acompañada de sus hermanos, jugando á *la mancha*, á *las escondidas*, á *la martin pescador*, y otros juegos de niños, que llevaron la confianza y la tranquilidad al ánimo de la sensible criatura.

De pronto se oyó en la calle la música de una comparsa. Todos corrieron hacia la puerta, menos Susana, que, algo pálida y nerviosa, se quedó en su sitio con los ojos muy abiertos, escuchando. Pero no pudo resistir á la tentación; quería ver, quería ver aquello... Y como no se atreviera á dirigirse á la puerta, decidió subir á la azotea; mas al hacerlo, cuando empezara á salvar la escalara, al pretender pasar de un solo paso dos escalones, perdió el pie, resbaló y cayó.

A sus gritos, á sus lamentos, vinieron todos. La madre, desesperada, la cogió en brazos y la llevó á la cama. Allí la examinó, le quitó el calzado, vió la herida... No había sangre; esto hizo vorenar su rostro angustiado. Cuanto más sería un dislocamiento.

Media hora después, el médico afirmó esta suposición, añadiendo que no había menester más que algunos días de reposo. Sin embargo, la niña se quejaba, se quejaba de grandes dolores, diciendo que se iba á morir y que quería rezar, disculpándose con su madre de aquel acto suyo de subir á la azotea... Ella lo había hecho sin pensar, sin querer darle aquel disgusto... por que ella era buena, sí, muy buena, siempre lo había sido!

Y al decir esto, imploraba, pedía perdón con las lágrimas en los ojos, llena de una grandísima ternura suplicante, cual sí se viese abandonada, maldecida, por aquella madre tan buena y tan cariñosa, por aquella madre que era la imagen más grande y más pura de sus afecciones de niña.

La madre, creyendo consolarla y calmarla, preguntó cuál había sido la causa del accidente. ¿Había resbalado? ¿No habría andado algo locuela al subir la escalera?

—A ver, tontita, ¿qué ha sido, cómo fué?

Este interés en vez de serenar á la chiquilla parecía excitarla y atemorizarla aún más. Callaba; no quería explicar cómo había sido la caída, cual si sus palabras le fueran á acarrear un mal mayor. Acosada por su madre, por fin habló. Había querido salvar dos peldaños de un solo paso, y cayó.

A pesar de que Susana hablara en voz baja, uno de sus hermanos la oyó y dijo con aire de triunfo:

—¡Ah! Ya sé; siempre hace lo mismo, es una manía. ¡Ya le decía yo que alguna vez se iba á romper una pierna!

La madre se volvió hacia Susana.

—¿Cómo es eso? ¿Por qué hacías eso; por qué hacías esa locura? Dílo, á ver, dílo.

La niña callaba toda confundida y avergonzada.

—No, mamá, no.

—¿Por qué? Dílo.

Apremiada por su madre, confesó. Una vez había escrito con tiza *Dios* en un escalón, y como nunca quería pisar allí, se había caído...

¡La divina criatura!

CARLOS LENGUAS



—Vamos á ver; y tú, qué eres? ¿Constitucionalista, socialista ó anarquista?

—Yo... carretero.

CHISPAS

Por Serafín se ilusionó Violante porque, aunque es tonto, es lindo y elegante. Se casó y, ¡pobrecilla! vió muy pronto que se fué la ilusión y quedó el tonto.

Es en extremo gracioso lo que á los turcos les pasa: les gusta tomarse *turcas* y el vino no les agrada.

Le falta un brazo á Severo y, al ir á hacerse un retrato, pretendía el mentecato que fuese de cuerpo entero.

Que juramos casarnos y he faltado? La que falta eres tú!... Yo estoy casado.

EMILIO C.

ARTURO A. GIMENEZ

ENTRE DOS FUERZAS

NOVELA

I

—¿Han llamado, Marcela?

—No, niño Mario.

—Me pareció oír sonar el llamador...

Era la vijésima vez que en aquella tarde hacia Mario igual pregunta á la vieja criada, y otras tantas había oído el "no, niño" como respuesta, acompañado de una sonrisa maliciosa; pero esta vez no se contentó Marcela con eso, agregando:

—No se apure, no se apure; si ha de venir... Ella siempre llega más tarde.

—¿Quién? dijo Mario acentuando la interrogación como para evidenciar más su ignorancia.

—¿Y pregunta quién?... La niña Delia... Sí, hágase ahora el *almirado*. ¡Como no conozco yo que está loco por ella!

—¡Vaya, no digas zonzeras!

—¡Ja, ja! No se apure; no ha de faltar. ¡Qué más se quiere ella!

Y decía esto mirando con ternura al joven, guzosa de que las muchachas se volvieran locas (como lo creía firmemente) por aquel que ella había conocido cuando aún vestía pañales.

—Pero... dijo Mario con un yendo por reírse.

—Vaya sin cuidado; yo le avisaré en cuanto llegue.

—Sí; avisa cuando llamen a la puerta, porque espero un amigo.

Y Mario, diciendo esto por decir algo, entró de nuevo a su habitación, mientras Marcela seguía riendo francamente al pensar en aquello de un *amigo*.



—Pues sí señor, me he resuelto a abrir una joyería
—¿De veras? Y con qué cuentas?
—Con una ganzúa .. fina.

El joven estaba un sí es no es confundido. ¡Conque Marcela había descubierto también aquel secreto que él creía perfectamente oculto!

Como sus amigos, que le acosaban con mil bromas, mientras se limitaba a negar torpemente....

—No, hombre; si no hay nada....

—Y se pone colorado cuando le hacen acordar de la muchacha!

—¡Hombre al agua! ¿A que dentro de poco hace ver-sos?

—Para cantarlos «al pié de la calada celosía...»

—Vamos, tienes que hacérselos conocer.

Y seguían las risas y las bromas y las pullas cayendo sobre él como granizada, sin dejarle tiempo para protestar, como lo exigía su conciencia.

Porque, al fin, ¿qué había de verdad en todo aquello?

Es cierto que esperaba con alguna inquietud ó impaciencia todos los domingos la llegada de Delia; pero ¿era esto razón bastante para suponerle enamorado de ella?

El joven, con la timidez peculiar del que siente ajitarse en su alma las primeras emociones del primer amor, no se atrevía a confesarse lo que en ella comen-zaba a descubrir, tratando de engañarse a sí mismo, interpretando sutilmente tales manifestaciones.

Era cierto, y él no pretendía negarlo... ¿para qué?... Esperaba con mucha ansia la llegada del día domingo en el transcurso de la semana, y con cierta inquietud la de Delia en el transcurso del domingo, pero ¿qué era esto?

Efecto de la costumbre y nada más; se había habituado a verla cada ocho días, a pasar entretenido uno, olvidando el fastidio de las tardes de domingo en agradable conversación... y como la costumbre es una segunda naturaleza...

Pero con todo eso; lo cierto es que llegaba a sentirse muy inquieto y desazonado cuando la joven tardaba más de lo regular...

¿Desde cuándo experimentaba tal interés por Delia?

A ver... a ver... Recordaba perfectamente la primera vez que la vió, conservando en la memoria hasta los más mínimos detalles de aquella entrevista; podía evocarlos uno por uno.

¿Era esto efecto de esa influencia misteriosa, de la impresión profunda que produce en nosotros la primera aparición de la persona que necesariamente ha de interponerse más tarde en nuestro camino, o se debía únicamente a la mayor intensidad con que se graban ciertas impresiones en el cerebro del niño, a grado de recordar perfectamente sucesos acaecidos en época remota cuando tantos posteriores se han borrado ya de su memoria?

Porque Mario era un niño cuando conoció a Delia. Su padre le llevó una noche a casa de la familia, bien á su disgusto, ciertamente, porque maldito lo que entonces le agradaba a él pasarse la velada conversando con mujeres, ya fueran bonitas ó feas.

¡Qué fastidiosa la visita aquella! Era gusto, arrancarle a la compañía de sus amigos para meterlo en aquella salita a meda a luz en que tres ó cuatro mujeres hablaban de cosas que le parecían soberanamente tontas y faltas de interés.

Todas le habían conocido más niño aún, y no hacían otra cos. que recordarlo con mil detalles que se empeñaban en referir.

—¿Te acuerdas tú de eso?

El no se acordaba de nada.

—No... no se ha de acordar; era muy chiquito.

Delia llegó a poner termino a aquella situación. Venía de dar el acostumbrado paseo por la calle Sarandí, vistiendo un traje á cuadros, blanco y negro, de cuello alto y ajustado, traje que completaba un sencillo sombrero negro.

Poco después se puso al piano y tocó un vals de Wald-

esfel, entónces muy en boga; *Dolores*. Mario empezaba en esa época sus estudios musicales y pudo notar que al tocarlo suprimió Delia unas *appogiature* que adornaban la segunda parte. Recordaba todos estos detalles triviales, nimios, con perfecta claridad.

La primera impresión que Delia produjo en su ánimo, no fué, por cierto, favorable; léjos estuvo de parecerle bonita, ni mucho ménos. Verdad es que ahora tampoco lo era; a muchos les parecía hasta fea, con su cara algo redonda y sus cejas anchas y esparcidas. Pero tenía un continente tan altivo, un aire de soberanía, un cuerpo tan arrogante, que imponía, haciendo exclamar:

—¡Hermosa planta!

Después de aquella primera entrevista que también recordaba, pasó Mario mucho tiempo sin verla; cuando volvió a hacerlo, tenía ya él diez y siete años.

Como íntima amiga de su madre fué Delia a pasar un día con ella, un día entero, como lo dijera al prometer aquella visita que por varias circunstancias se había retardado mucho tiempo; a la tarde irían á la playa de Ramirez; era a fines del verano.

Ese día no la encontró Mario mucho más bella que la primer vez que la viera, pero notó que sentía a sulado cierto gozo tranquilo, cierto encanto que le hacían desear que fuera el día muy largo, muy largo, para poder estar más tiempo junto a ella.

Tal vez le era tan agradable solo porque aquella visita alteraba la monotonía de sus paseos y conversaciones, siempre por los mismos parajes y con los mismos amigos, introduciendo un elemento nuevo en su existencia de estudiante bohemio, deseoso de ir a clase el día domingo, cansado del café, y ansiando los demás días la llegada del domingo para poder pasarse la tarde en él sin necesidad de faltar al aula, siempre privada, apesar de todo, de su presencia.

Pero lo cierto es que ese día lo pasó muy bien; en el almuerzo, un encantador almuerzo de día de verano en el comedor a media luz, con las celosías entornadas, lleno de frescor, estuvo decidior, animado, bromista; y a la tarde,—con gran extrañeza de su madre acostumbrada a verlo pasar las horas leyendo, silencioso, frío, cuando estaba por casualidad en casa,—las acompañó a la playa, y hasta les propuso, una vez llegada la noche, ir a dar una vuelta por la calle Sarandí. Pero Delia tenía que volver temprano a su casa; otra vez sería...

Es de observar que desde que esto se dijera empezó a decaer notablemente el buen humor de Mario; pudiera creerse que le sorprendía la joven.

Y sin embargo, fué preciso hacerlo; pero ella prometió volver, y desde entónces, a instancias de Mario, iba todos los domingos para acompañarse con la madre de éste en el viaje á la playa, pues aunque corría el mes de Abril, no cedía todavía el Verano sus derechos al triste Otoño.

Por eso esperaba Mario con tanta inquietud el golpe del llamador en aquella calurosa tarde; todas las señaladas para la visita de Delia sucedía lo mismo.

Apesar de estos síntomas no se atrevía á confesarse enamorado; ¿era posible un amor en aquellas condiciones? Era tan joven. Bien sabía que las mujeres llaman *chiquilines* aún a los de veinte años, y él con sus diez y ocho se consideraba poca cosa para aspirar al amor de Delia, que á la sazón tenía veintuno. Se reíría de él.

Originábase en tal idea esa timidez que llegaba á sobrecogerle en presencia de la joven; aquella mujer le imponía con su altivo ademán, y a pesar de no ser él poro desenvuelto, se encontraba ridículamente tímido cuando le ocurría la idea de declararle su amor.

Pero, apesar de todo, trataba de encontrar en la conducta de Delia algo que pudiera darle esperanzas.

¿Por qué le daba bromas con amores supuestos para gozarse en oírle negar con todas sus fuerzas? ¿No parecía hacerlo para provocar una declaración?

(Continuará.)

CUENTO

¡Papá, papá! decía, la tierna Rosa del jardín volviendo. La jaula que guardaste el otro día no seguirá vacía porque he logrado el nido que estas viendo. ¡Mira que pajaritos tan pintados! En esa jaula les pondré su nido. Prodigaré solícitos cuidados á los que aprisionar he conseguido. Y les daré en constantes ocasiones migas de pan, alpiste y cañamones. Luego la jaula pintaré por fuera y mandaré que doren su alambra. Pero... ¿En qué estas pensando? ¿No me escuchas papá? Te estoy hablando. —Si, querida hija mía. Pensaba, al escuchar esa querella que en la cárcel, me han dicho, que hay vacía una celda muy bella, y que te pienso trasladar á ella.

Como allí el reglamento es algo fuerte, ni tu mamá ni yo podremos verte; pero te mandaremos cien brocados que aumenten tu hermosura, y haré dorar cerrojos y candados, y de bronce pondré la cerradura. Pero... ¡Cómo! ¡Llorando estas por eso? —Ya no lloro papá, te he comprendido. Corro á llevar al árbol este nido. Y vuelvo por un beso.

OSSORIO



El señor Buono, un sacerdote que días pasados tuvo un incidente con el señor Mangini, de cuyo incidente salió este último señor con una pierna rota, ha nombrado su abogado al Doctor de Leon.

¡Y dicen aún que delata el nombre al hombre! ¡Locura! si eso hizo y es Buono el cura, á ser Malo... allí lo mata!

Y figúrense ustedes como va á salir del lance el señor Mangini ahora que el señor Buono ha llamado en su auxilio al Dr. de Leon, nada menos! ¡Se lo comen, de hijo!

Dice Francisco que tienen un gran despacho sus obras; y tiene mucha razón pues las vende... por arrobas.

¿Han visto ustedes qué calor ha hecho esta semana ¡Digo! ¿Lo han sentido?

La verdad es que el tiempo va gastando bromas pesadas.

Y pensar que todos los días publican los diarios una lista de matrimonios á efectuarse!

De fijo que si aún conservan los enamorados la costumbre de *comerse á besos*, no va á ser atracon de asado, con cuero que se van á dar esos matrimoniales!

A la esposa del bueno de Serapio le gusta mucho el apio; y á un primo de la suegra de Lanuza le gustan los merengues con merluza. Hay ciertos paladares que gozan con insípidos manjares.



«¿No es verdad, ángel de amor que en esta apartada orilla... si así tu papá me pilla me romperá el esternon»

Se anuncia que el Gobierno va á mandar acuñar un millon de pesos plata.
Comunico á ustedes que con la mitad me contento.

Han solicitado contraer matrimonio (según los edictos), Servando Lepra y Clara Fernández.
¡Demonio con el apellido de él! ¡Y que ella le quiera así! ¡Cuando asegura el dicho popular que "sarna con gusto no pica!"...

Llaman á Silvestre Romo distinguido literato y es justo, pues lo que escribe se *distingue*... por lo malo.

Dice un diario:
"El Martes hubo en la ciudad cuatro suicidios. La sociedad debe tomar medidas para evitar la multiplicación de estos tristes sucesos".

En efecto, hay que tomarlas.
Que manden los suicidómanos á la frontera.
Allí los brasileros se encargarán de que no atenten contra su vida.
Quitándose la antes de que piensen en atentar contra ella.

Le besas la mano al cura cuando vas á confesar... y yo mi amor te confieso, y no la puedo besar!

Caramba, lectores, que por acá, también hay avaros terribles.

—Ay José! decía ayer la mujer de uno que yo conozco.—Estoy medio muerta.

—Medio muerta? Entonces no tendré que pagar más que medio entierro!...

—Hija, abandona el postigo porque el sereno no es bueno
—Mamá; si envuelto en su abrigo pasa silvando el sereno y no se mete conmigo!

¡Corcholis!
Dice un diario en un artículo destinado á darnos á conocer curiosas observaciones sobre el pueblo inglés...
"...Vaya como ejemplo del admirable laconismo inglés, el siguiente hecho:

El esposo, que está en Buenos Aires, pregunta por telégrafo á la mujer que ha quedado en Liverpool:
"¿Tienes hoy qué almorzar? ¿Que tiene el niño?"
La esposa contesta:
"Jamon con viruelas."

—Qué demonios! No sé por qué todas las figuras de tus cuadros resultan siempre pálidas, como anémicas...
No emplees más el aceite de linaza, hombre!

—Pues cual he de emplear, entonces?
—Pues... si son pálidas... el de hígado de bacalao.

Correspondencia Particular

Proteo.—Montevideo,
Vamos; que en serio no creo que usted haga lo que ha hecho, ó más bien lo que ha contrahecho; ¡que no lo creo, Proteo!

El del papel.—Idem.
No le diré á usted, melon, pero sí, á la verdad fiel, que aunque es solo *El del papel*, ha hecho usted un papelon.

Nato.—Pando.
A la verdad no me acerco, aunque de lograrlo trato, cuando me pregunto, *Nato* por qué será usted tan puerco.

L. N.—Melo.
Deduzco de su *Eran tres* (y esto salta así, de pronto), que si no nació, usted tonto se volvió tonto después.

O. L.—Florida.
Hoy no le puedo servir porque no sirve... No obstante marche usted siempre adelante que algo al fin ha de salir.

NUESTROS PROHOMBRES DE INCÓGNITO



Sirve al Gobierno á las mil maravillas, por aquello de que para un atropello es especial; con candil no se halla otro tan dispuesto á servir y á comer bien, pues se comió setecientos pesos (Charpentier es quien lo asegura, por supuesto!)

R. Lacia.—Solo un consonante en árbaro me falta, ¡será desgracia! para decirle, R. Lacia que es usted un tremendo bárbaro.

(¡Y ni un colaborador que me mande algo decente! para mí, toda esta gente se ha echado á perder, lector!)

OJO

Hacemos presente á los que aún no nayan enviado sus colecciones para encuadernar, y muy especialmente á los señores suscritores de campaña, que aquellos que lo deseen, deben enviarnos cuanto antes, pues estando por acabarse las cubiertas especiales que mandamos hacer, en tela, y con el título *Corado á fuego al frente*, nos urje saber las que faltan para mandar hacer la cantidad necesaria.
Para los que no hayan leído el aviso anteriormente publicado, repetimos que el precio de la encuadernación, apesar del lujo de ésta, es de **Pesos 1.50 el tomo.**



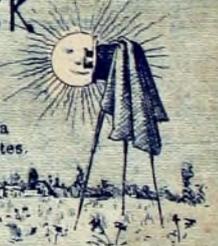
LITOGRAFIA Y TIPOGRAFIA

Tarjetas, rótulos accion- nes, circulares, letras de cambio, cheques, conformes, memorandums, planos, diplomas, músicas, etc., etc.

Calle Treinta y Tres, núms. 87 y 93.

FOTOGRAFIA DE INGLESA FITZPATRICK

Hace esta fotografia Retratos tan excelentes Que á ella acuden á porfía Las más distinguidas gentes.



F. CALLIGARIS
ESTUDIO FOTOGRAFICO
IBICUI 228

Fotografia de moda por la high life preferida donde se retrata toda la gente más distinguida.

AL POLO BAMBÁ

CASA ESPECIAL EN CAFÉ
CALLE COLONIA, 2, 4, 6, 8

Da el «Polo Bamba» un café de clase tan superior que beber no logra usted en el mundo otro mejor.

EL ANTICUARIO

Vende, compra y revende El Anticuario libros viejos, vulgares, nuevos, raros, y, por más que parezca extraordinario los paga bien y no los vende caros.

Calle 18 de Julio, núm. 184.

Estudio Fotografico de **DOLCEHER**

Calle Sarandí 359

Retratos modernos de busto á la romana

A Dolce, es ya cosa vista nadie á retratar le gana y, como es todo un artista, no hay niña que se resista á vestirse de romana.